

REVISTA MERCURIO, (Juan Carlos Rodríguez)

"CUANDO VIVIR ES UN DELITO"

El miedo a la soledad amenaza a Vinicio Salazar, el multimillonario decidido a multiplicar sus años de vida a golpe de talón que protagoniza "La noche del tamarindo". Éste se reconforta con una frase: "Uno nunca está solo: lleva consigo la cultura de su tiempo". Aserto que sirve para enmarcar la nueva novela de Antonio Gómez Rufo (Madrid, 1954), cuya cualidad más sobresaliente es ese mismo consuelo que el autor pone en boca de Salazar: lleva consigo la cultura de nuestro tiempo. Y no sólo porque la novela abunde en referencias culturales y se inserte entre "Fausto", "El holandés errante" y "El retrato de Dorian Gray", sino porque expone que el hecho de que la inmortalidad sea un paraíso prometido o una cruenta maldición depende de nuestra propia contingencia cultural y determinación ética. La búsqueda de una mayor longevidad que emprende Salazar (y a la que, en cierto modo, todos estamos "condenados" hoy en día) sólo tiene sentido si supone también una prolongación de la felicidad.

Pocos novelistas tienen el compromiso con su tiempo que expone reiteradamente en sus obras Antonio Gómez Rufo, poseedor de una trayectoria literaria que abarca un amplio espectro temático. En sí mismo el proceso de sus novelas –"Adiós a los hombres", "El alma de los peces", "Los mares del miedo", entre las más recientes– viene a ser siempre el mismo: la sociedad observada bajo un microscopio, un examen a fondo del ser humano, sus contradicciones y su vertiginosa transformación. Ocurre aquí en grado extremo: porque "La noche del tamarindo" es una ambiciosa intromisión en la escena de los avances científicos que afectan a nuestra salud, a la vez que se desarrolla con ese espíritu filosófico que en la literatura de hoy es flagrante ausencia: exponer, debatir, reflexionar, denunciar, invitar al lector, en definitiva, a que participe intelectualmente de la novela. Que es tanto como de lo que sucede a nuestro alrededor: las enfermedades incurables, las trabas a la investigación, los límites de la ética, el tráfico de órganos, una sanidad para ricos y otra para pobres, la vejez que se estira, el futuro incierto... y que se conectan con temas obsesivos del autor, como la soledad, el miedo y las transformaciones de las relaciones amorosas.

Esa podría ser una valoración sobre el alcance ideológico y polemista de Antonio Gómez Rufo, porque sus novelas raramente dejan indiferente y siempre perturban, pero habría que añadir sus cualidades narrativas: un texto en el que habitan como elementos fundamentales la pasión y la intriga, las cuales provocan una lectura magnética, una atracción incontrolable de avanzar en la inmortalidad de Vinicio Salazar, que a veces se enmascara quijotesca y se acompaña con una sucesión de personajes que vienen y van a su lado –su malograda hija, el guardaespaldas Miguel, la atractiva Verónica, entre otros– incorporando ciertas cualidades a lo Sancho Panza. Gómez Rufo expone, indudablemente, la determinación narrativa siempre apreciable en sus novelas: la sencillez expositiva, la estructura lineal y el entretenimiento vocacional, pero en ésta hay una estilización de ese mecanismo que realza "La noche del tamarindo" –título que alude a que el tamarindo durante la noche cierra sus hojas, dejando ver nítidamente el tronco, del mismo modo que en la noche (y en la vejez) "son más visibles los gozos y los sufrimientos"– como una de las mejores novelas de su autor. Y es que, aunque a veces vivir se convierta en un delito, como le ocurre a Salazar, Gómez Rufo trama aquí un verdadero canto a la vida. **(Juan Carlos Rodríguez. Revista MERCURIO. Marzo, 2008)**